

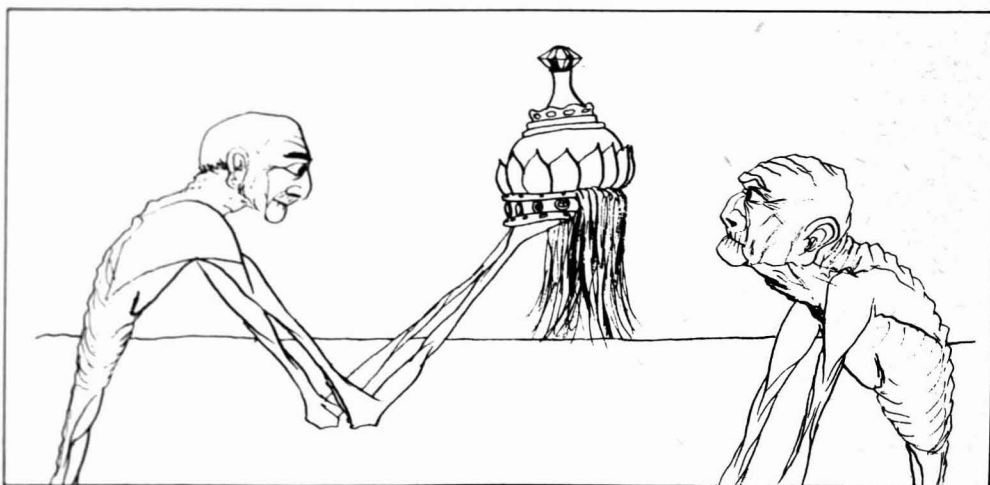
Las muertas de Jorge Ibarguengoitia

En *Las muertas* de Jorge Ibarguengoitia tenemos una novela que, higiénicamente, atractivamente, reivindica algo que en toda narrativa es elemento esencial aunque abjurado por no pocos de nuestros prosistas actuales: la alegría de la elucubración, el refocile, siempre placentero, de lo evidente: la novela de su trama, la novela que precisa su área de acción en lo argumental y en lo decididamente funcional. De ahí su goce y su bienestar. Jamás cae en la gratuidad, pues su ironía cortante y su humor agreste lejos de alejar, impulsa al lector al cotejo con su propia sanidad, a las entretelas de sus necesariamente postergadas zonas de contacto con un *ser* singularísimo de su país, de aquel país que le sirve, por lo menos, para ser regateado, suplantado por otro. Lo importante es que, lejos de la autocomplacencia fugaz —habitualmente oculta en el amaneramiento sintáctico—, la novela debe su carácter, exitosamente, al *novelar* lo que en sí mismo ya es la novelización amarilla, perentoriamente presente y fugitiva, de la mitografía popular y página-rojesca. En este sentido *Las muertas* se ofrece como una escritura de la oquedad y de la posposición que mimetiza a la par la oquedad y la posposición de su contenido. Novela matemática, *Las muertas* da lección de novelar y da risa también, porque su elaborada simpleza acusa un rigor inusitado en la planeación; su manejo de personajes rescata el lugar común de la función narrativa tradicional y, en haciéndolo, reivindica su tradicionalidad al mostrar su sutil perfección; el tono impersonal, los personajes convertidos en *voces* que asechan su inocencia siempre en función de un futuro tan absurdo y hueco en su búsqueda libertad, como hueco y absurdo su presente en su evidente maldad e inmoralidad. Su documental surge entonces como recurso obligado: nadie es culpable en cuanto que todos están convencidos de la necesidad de sus actos (supongo que ya todos sabemos que la historia es la de las fermentadas poquianchis); verlo de otro modo hubiera llevado peligrosamente a Ibarguengoitia a cualquier forma de pronunciamiento omnimoralizante que hubiera resultado, sobre todo, inverosímil. Lo que pasa con Ibar-

guengoitia es que es de los pocos escritores lo suficientemente lúcidos para no considerarse dueño de una forma de verdad desde la cual ampararse. De ahí que todo quede (porque sí queda) en lo último, en lo que no es alternativa de nada más que de su propia carcajada insolente, agria, retadora. Y es que lo que se termina es la carcajada, no lo que la ha provocado. Como en un ultimatum más diabólico que humano (o humanista) *Las muertas* son las esperanzas de implantar un sentido, el que todos queremos sea *el sentido*: resumidero de la angustia, la evasividad, la omnipresencia de la ladinez en todos los niveles, la mueca que regurgita sangre en la que se resuelve la problemática absurda de *De Abajo*, de México, de un México finamente contrapunteado en la dulce imaginación chata, delirante, de esa puta que no quiere que la canonicen ni que la analicen por estar demasiado ocupada en elaborar la compleja red de sus evasiones, como lo están los demás personajes —igualmente chatos, romos, sin matices, impulsados de sus urgencias más candorosas, aunque a veces criminales, incapaces de sujetarse a la cultura o de crear una. Todo en *Las muertas* remite así a una biología de lo visceral, a una moral de lo inmediato, a una condición de egotismo. Todo es una especie de apología de la mecanicidad incapaz de sublimarse en sistema. Demasiado encandilado por su propio caos no hay otra manera de leer esos hechos que en la frialdad aparentemente objetiva y mecánica de lo anecdótico. No hay qué interpretar ni qué derivar de que buscada gratuidad, no hay metáforas ni sutilezas: un cráneo que se estrella contra el cemento de cuatro metros abajo es eso: un cráneo que estalla: la ausencia de eufe-

mismos (de cultura) pretende con gran claridad la pureza monda y abierta de su propio suceder y de acabar, del mismo modo genial abajeñamente ingenuo con el que el Capitán Bedoya cree que evadirá el castigo si insiste en que la Poquianchi Serafina quería regenerarse al mirar el campo y su placidez. Todos creen que se salvarán. El juego final (“La justicia del Juez Peralta”) fija esa condición con suficiente desaliento: las víctimas siempre pueden ser los verdugos y viceversa. Cosa de ir tirando pa donde las cosas tiren. Fábula de la más divertida descomposición, de la más hilarante claudicación, *Las muertas* no quiere culpables (aunque hay una macabra descripción de los móviles moralizantes de cierto gobernador) como no quiere víctimas: eso sería hacerle el juego a la solemnidad de las alternativas, a esa literatura de guayabera siempre amparada en las aduanas de la ideología para tasar, escudriñar e incautar en su propio beneficio. Pero que quede claro: *Las muertas* no evade esa justa posibilidad, lo que pasa es que la desborda, la ingiere pantagruélicamente para desaparecerla en su digestión de lo excesivo: léanse en sus líneas cautivadoramente insípidas (no entre ellas) las macilentas claudicaciones de nuestra condición plandeabajaña: repitamos, ante el nuevamente recordado —las cosas hay que repetirlas hasta que suenen— estupor de nuestra corrupción, con Gómez de la Serna hablando de Poe, que “el crimen es la pre-vengeza de la muerte... esa desigualdad del espíritu, ese encierro pálido, esa satisfacción animal con flato del espíritu”.

Guillermo Sheridan



Dibujos de Honorio Robledo